



“La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es sencillamente una unidad histórica. Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra sólo es nación si lo es en función de universalidad, si cumple un destino propio en la Historia; un destino que no es el de los demás. Siempre los demás son quienes nos dicen que somos uno...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 392 (2ª Época). Mayo 2025

1. **¿La mente gris de la política española?.** *Manuel Parra Celaya*
2. **24 de abril, no. Como los santos.** *Carlos León Roch*
3. **De José Antonio a Pestaña pasando por Mounier. El cruce de caminos.** *José Ignacio Moreno Gómez*
4. **Un pacto con el diablo.** *Irene González*
5. **Un Valle sin vallas.** *Jesús Sanz Montes*
6. **Nada menos que todo un fraile.** *Gustavo Morales*
7. **De cruzada a guerra civil.** *Rodrigo Menéndez Piñar*
8. **¿A quien pertenece realmente el Valle de los Caídos?** *Álex Navajas*
9. **Círculos José Antonio. La Falange disidente.** *Cristina Pérez Gonzalez*
10. **Retrato de un sutil caballero guipuzcoano.** *Rafael Sánchez Mazas*

Por supuesto, no se me ocurrió el día de Sant Jordi (fiesta del Libro y de la Rosa en Cataluña) adquirir “La solución pacífica”, del que es autor al parecer José Luis Rodríguez Zapatero. Y ello por varias razones; entre ellas, porque mi ya colmada biblioteca particular no admite espacio para tales publicaciones y sí para autores de prestigio en sus ideas -aunque no coincidan con las mías- y de probado estilo literario; además, si alguna vez me desvelo, acudo a contar ovejas o a repasar las greguerías de Ramón, con lo cual mi sueño suele ser apacible y sonriente.

Me limité, por ello, a leer la entrevista que al Sr. Rodríguez Zapatero le concedió “La Vanguardia” (6-IV-25), nada menos que por mano de Enric Juliana, adjunto al director de ese medio y destacado en Madrid. En resumen, se puede decir aquello de nihil novo sub sole, por ser sobradamente conocidas las ideas del que fuera, por desgracia, presidente del Gobierno español, ahora revelado, al parecer, como conspicuo estratega nacional e internacional.

En la misma línea de siempre, el Sr. Rodríguez afirma en dicha entrevista que hay que ir a “una solución de fondo en la cuestión de Cataluña” y, para ello, es forzoso “ir al reconocimiento de la realidad nacional de Cataluña”; dice algo, además, que ya sospechábamos algunos: “A estas alturas, creo que no



tiene sentido negar o disimular mi implicación en ese diálogo”, refiriéndose claro a tenidas con el prófugo de Waterloo, es decir, con el Sr. Puigdemont, del que sabíamos que ha ido concediendo audiencias a multitud de políticos del PSOE y del resto del actual frente popular (y se sospecha de que también de algunos que no son precisamente de esas corrientes).

No es extraño que siga diciendo Zapatero que “he hablado mucho con Puigdemont, creo que ha cuajado una relación de confianza” y recomienda “no menospreciarlo en el plano intelectual”, lo que nos puede hacer sospechar que será su candidato para algún premio literario o científico.

Además, el expresidente del Gobierno español se postula como la mente gris de la política exterior en unos ámbitos que abarcan desde la Venezuela de Maduro hasta la China de Xi Jinping, lo que nos desvela también quién mueve los hilos de la Moncloa; lo que no nos dice, claro, es de quién o quiénes, a su vez, recibe instrucciones para ejercer ese papel, tan decisivo en la situación del mundo actual.

Pero vamos a centrarnos en sus propuestas sobre la “cuestión d Cataluña”; como se ha dicho, nada novedoso, pues ya definió en su día a España como “nación de naciones”, y añadió aquello tan bonito de que el concepto de nación es “discutido y discutible”; este segundo aspecto ha debido meditarlo ahora en su propuesta de reconocer “la realidad nacional” catalana. Un nefasto elemento más en su currículum de pretender volver a enfrentar a los ciudadanos entre sí...

Efectivamente, si bien se mira, el término “nación” pudo ser, históricamente, interpretado de modos diversos: desde hablar de la nación sioux o la nación gitana hasta llegar a la Teoría de las nacionalidades del siglo XIX y el germanismo de Hitler; constatemos, eso sí, que estas perspectivas de antaño tenían siempre en común un sustrato etnicista (es decir, racista), que, en los nacionalismos actuales, se atempera o disimula con una perspectiva lingüística, en la que el denostado concepto de raza es reemplazado por el de lengua propia.

Pero en la realidad actual no es así; despojado de sus inherencias históricas románticas, nación tiene un claro sentido político, y se refiere a las realidades históricas y sociales, organizadas en un Estado, y, sobre todo, justificadas por haber cumplido una misión entre el conjunto de otras naciones; esta misión es la que permite hablar de patria, si bien se sigue respetando, por puro sentimiento, el concepto de patria chica.

Estas, para él, sutilezas, no son tenidas en cuenta en su propuesta, que no es otra que articular España en un confederalismo (no autonomismo ni siquiera federalismo), es decir, en la existencia de supuestas naciones que admiten coexistir en un momento dado, pero que pueden romper ese pacto cuando lo crean conveniente; este es el sueño de todos los separatismos, que, al ser incapaces de proclamar la independencia de un modo unilateral, acuden a formar parte de esa confederación, es decir, en términos de Zapatero, de esa nación de naciones.

Alguien dirá, convencido, que a la solución pacífica de la mente gris se le puede aplicar aquello de “dos no pelean si uno no quiere”, en este caso, España, pero el problema no queda en esta simple rendición; España y Cataluña no son dos realidades distintas: Cataluña es España, como son España todos sus territorios, vulgo autonomías. Como decía Ortega, el problema no puede plantearse nunca en el ámbito de la soberanía, que es única para todos, sino, en todo caso, de descentralización de

funciones, que, por principio, nunca debería entrar en colisión con la integridad de España.

Tampoco existe un problema entre catalanes y españoles, y esto me ha costado muchas disputas acaloradas con cenutrios de ambos lados del Ebro; en todo caso, hay un problema entre algunos catalanes: los que nos sentimos profundamente españoles de forma natural y los partidarios de Puigdemont y compañía.

La mente gris del Sr. Rodríguez Zapatero mueve, por lo que se ve, un títere llamado Pedro Sánchez y rige la hoja de ruta de todo el frente popular que nos gobierna...

2

24 de abril, no. Como los santos

Carlos León Roch

Sí, muchos sabemos que José Antonio nació un 24 de abril, en 1903. Y muchos, en nuestras lejanas jornadas matritenses, hemos admirado la hermosa lápida conmemorativa en la esquina de la calle Génova, donde nació. Pero nunca lo hemos conmemorado.

Y es que, para la Historia y para la Política, lo decisivo no es dónde y cuándo nació, sino donde y cómo murió, porque con ese terrible, injusto y aparentemente legal, fusilamiento, se creó una supervivencia de su breve y luminosa obra, de su comportamiento, de su estilo.



Los “20 de Noviembre” - desdibujados posteriormente con los “20.N”-han movilizado generosamente a varias generaciones y continúan haciéndolo con las más recientes, las que no han tenido oportunidad de temblar ante la escueta lápida del Valle.

Conmemoramos el 20 de Noviembre y no el 24 de abril porque tratamos a José Antonio y a su memoria como hace la Iglesia con los Santos, celebrando su muerte, con lo que adquieren la condición de santos, ya que es una condición que no se les reconoce en vida.

Nosotros, los joseantonianos, imitamos esa sabia norma eclesiástica, sin embargo no reclamamos esa santa condición para su alma, aunque intentamos “lograr para España la cosecha que siembra su muerte”.

PD.- Que se sepa, nadie ha solicitado la condición de beato, como evidente mártir que fue, de José Antonio. Para ello, en ese supuesto caso haría falta el reconocimiento de algo milagroso a través de su invocación, como sin duda es que hoy, cien años después, lo tengamos PRESENTE.

Dejemos sentado, para empezar, que forma parte de una alambicada leyenda rosa falangista la simpatía hacia José Antonio por parte de algunos líderes de la izquierda y del movimiento obrero de su época. Por centrarnos en los más conspicuos protagonistas de esas “buenistas” elucubraciones, comencemos por afirmar que ni Indalecio Prieto ni Ángel Pestaña manifestaron deseo de aproximación al líder falangista. Todo lo contrario.

Sí es cierto que, a toro pasado y con intencionalidades yuxtapuestas, alguno de ellos –Prieto– lamentase precisamente su propio desdén hacia el jefe de la Falange. También el líder de la anarquista FAI, Diego Abad de Santillán, lamentaría a posteriori no haber accedido a un acercamiento y un diálogo con la Falange de Primo de Rivera. A gran cantidad de militantes anarquistas escandalizaba el que se pudiera propiciar cualquier tipo de relación con un grupo “fascista”, por peculiar que fuera éste. Quizá influyera también cierta necesidad de desmentir sospechas de connivencia del anarcosindicalismo con los falangistas, suscitadas por algunos contactos y acuerdos entre sus militantes y algunas JONS locales (Granada, León y alguna otra), así como por el trasvase de algunos miembros destacados de la CNT hacia las JONS y hacia FE (Álvarez de Sotomayor, Camilo Olcina, Guillén Salaya, Marciano Durruti...)



Pero, en el caso de Ángel Pestaña, hay que recordar que fue uno de los que más claramente alzaron su voz para invalidar la candidatura en segunda vuelta por Cuenca de José Antonio Primo de Rivera en las elecciones de 1936 – una oportunidad para haber salido de prisión y haber salvado la vida–. Cínicamente, Pestaña, reconoció que las derechas tenían jurídicamente razón (no se les podía objetar que incluyesen candidatos diferentes a los de las elecciones del 16 de febrero), pero no se podía “tolerar” que trajeran a la Cámara a un “fascista” (por Primo de Rivera). Tampoco Prieto se opuso al fusilamiento del jefe de la Falange.

Es también palmario que, en sentido contrario, desde la dirección falangista y jonsista siempre hubo un ostentoso propósito de atraerse a ciertos sectores del socialismo y, sobre todo, del anarcosindicalismo hacia sus formaciones. Bajo la bandera rojinegra, suponían, había un gran espacio para compartir. No hubo

acercamiento y sí que hubo guerra civil con cruentas represiones por ambos lados; también algún humanitario salvoconducto, ciertamente.

Pero la Historia tiene sus ardidés, y aunque se persiga a determinadas ideas –especialmente si en ellas palpita alguna novedad prometedorá– ésta siempre se muestra propicia para encontrarles a aquellas un refugio seguro; y muchas veces en una inesperada simbiosis con amistades extrañas. Existen casos en que una sorprendente asociación de formas aparentemente antagónicas da cauce al surgimiento de formas nuevas, que hacen crecer y preservar la sustancia de sus antecesoras.

Es lo que ocurrió por los años sesenta del pasado siglo cuando cruzaron sus caminos algunos de los falangistas más auténticos, como Patricio González de Canales, como Narciso Perales, como Ceferino Maestú; o como todos aquellos que resucitaron la tertulia de La Ballena Alegre y la revista Sindicalismo, donde colaboraron y mantuvieron estrecho y sincero diálogo con cenetistas de fuerte compromiso con la lucha obrera, como Diego Abad de Santillán o Juan Gómez Casas. Se dio un verdadero “cruce de caminos”, como lo denominó Gómez Casas. Reconocía el militante cenetista la confluencia del falangismo de izquierdas, al que él achacaba orfandad teórica, con el anarcosindicalismo. Y señalaba como “en la UTS (Unión de Trabajadores Sindicalistas) aparecieron buenos militantes obreros, Maestú entre ellos”.

Igual juicio le merecía el FSR (Frente Sindicalista Revolucionario), que fue el intento de Narciso Perales –una excelente persona en opinión de Casas– de recrear una Falange Auténtica sin símbolos que la asociasen al franquismo. Narciso Perales fue médico personal de Abad de Santillán, quien le dedicaría un ejemplar de su libro El Organismo Económico de la Revolución.

Había pasado la etapa más fascista de la Falange (tanto de la oficial como de la oficiosa), tras los años cuarenta y la derrota del Eje. Se reemprendía ahora otra etapa de diálogo con el anarquismo del interior. Las ideas evolucionan, y la Falange no murió del todo en 1936, ni siquiera en 1937 tras la usurpación franquista.

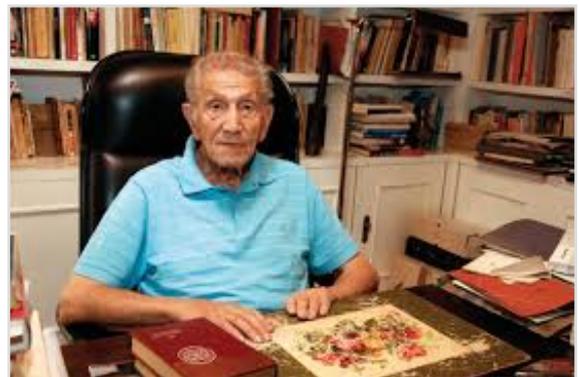
En opinión de quien fuera Secretario General de las Juventudes Libertarias del Centro y de la CNT, Juan Gómez Casas, del grupo fundado por Perales, sobresalían Javier Espinosa y José Luis Rubio Cordón, en quienes percibía una fuerte tendencia hacia un singular neopestañismo. No se equivocaba: el partido Sindicalista (pestañista) de la Transición fue organizado por estos antiguos falangistas del FSR.

Es interesante también la opinión que del FSR expone Carlos Díaz –catedrático de filosofía y presidente del Instituto Emmanuel Mounier en España– en un trabajo titulado “La recepción del Personalismo en España”. Se refiere a la lectura derechista de Mounier por la democracia cristiana española, a la lectura centro-izquierdista de Joaquín Ruiz Jiménez y Gregorio Peces Barba –también dentro de la

democracia cristiana–, a la visión reduccionista de Mounier a Marx hecha por Alfonso Carlos Comín –del comunista PSUC–, a la oscilación desde una lectura comunista hacia una lectura anarquista de las ideas personalistas, que hizo la editorial ZYX –de la izquierda obrera cristiana– (donde destacó el propio Carlos Díaz). Y, finalmente, se refiere a un pequeño pero muy activo y valioso grupo: “...que había experimentado una larga evolución. Procedente de la izquierda falangista (la FEA, o Falange Española Auténtica), pasó a llamarse luego Frente Sindicalista Revolucionario –que las personas de edad recordarán porque en sus pintadas clandestinas llenaba las paredes de las grandes ciudades con una espiral– y más tarde terminó denominándose Partido Sindicalista en memoria de Ángel Pestaña. Este pequeño partido, del que guardo gratísimos recuerdos (dice Carlos Díaz), se reclamaba de la doble herencia anarquista y personalista de Mounier”.

Un protagonista muy especial de aquella etapa fue Ceferino Maestú. Ceferino Luis Maestú Barrio constituye un ejemplo de neofalangismo fidelísimo hasta la muerte y con una visión depurada de lo que debía representar la autenticidad de la Falange de José Antonio Primo de Rivera. Era hijo de Ceferino Maestú Novoa, abogado y afiliado a la Unión Republicana de Martínez Barrios, gobernador civil de Huelva por el Frente Popular. Tanto el padre como el hijo (éste con sólo quince años) fueron detenidos por los militares sublevados cuando tomaron La Línea. Antes, en esa misma localidad, padre e hijo habían presenciado con horror los asesinatos cometidos por una partida de milicianos, de ese mismo Frente Popular, venidos desde Málaga. Pero los alzados fusilaron a Ceferino Maestú Novoa, junto a un tabernero de la CNT y unos trabajadores del campo dejando libre al desolado hijo.

Ceferino se afilió a la FE de las JONS de antes de la unificación tras escuchar a Jesús Suevos hablar en un mitin en Galicia. Le impresionó el estilo del orador y el mensaje revolucionario que aunaba Patria y justicia social. Se alistó a una bandera falangista para combatir en la guerra y, junto a otros compañeros, abandonaron su puesto cuando les encargaron la custodia de unos presos asturianos que habían de ser fusilados: “yo no



he venido para eso. Una cosa es la guerra y otra asesinar.” Tenía bien presente su propia detención y el asesinato de su padre por los sublevados. Los falangistas desertores fueron respaldados por sus jefes, que detestaban las labores represivas. Más tarde, Ceferino sería jefe de la centuria Íñigo de Loyola de las Falanges Juveniles con el jesuita Padre Llanos como capellán. De gran inquietud religiosa y sindicalista, intentó fundar una Confederación de Trabajadores Cristianos y fue cofundador de Comisiones Obreras, así como del FES (junto a Sigfredo Hillers). Murió a avanzada

edad proclamando hasta sus últimos días su adhesión a aquella revolución de la Falange joseantoniana que el franquismo había desvirtuado.

Por aquella época, por medio de Ceferino y otros, hubo también coincidencia con militantes cristianos de base, como lo fuera Manuel Lizcano Pellón, director de Isdiber (Instituto de Sociología del Área Ibérica) y uno de los fundadores del FELIPE o Frente de Liberación Popular F.L.P; o Julián Gómez del Castillo –hijo de socialista muerto en la cárcel y promotor del Movimiento Cultural Cristiano–, ambas figuras señeras del personalismo cristiano español. Cuenta Lizcano como:

“Pronto pudimos construir un mínimamente riguroso círculo de pensamiento, igual de disidente ante todo lo establecido con el paso ya mencionado a la cafetería Gambrinus de la calle Zorrilla. Desde el comienzo se agrega una figura humanista señalada: el cervantino falangista, también de acendrada espiritualidad cristiana, y declarada izquierda social dentro de aquel régimen, Patricio González de Canales.”

Manuel Lizcano no encontró para sus actividades sindicalistas el apoyo esperado en el jesuita exfalangista, José María de Llanos, en quien detectaría una fuerte inclinación hacia un rigorismo autoritario, tanto en su época falangista como en su posterior época comunista. Es lo que él califica como “un desplazamiento de autoritarismos”. Mayor receptividad, e incluso afinidad de ideas encuentra –¡Oh sorpresa!– en el general ex-comandante de la División Azul, y ex Secretario General de FET de las JONS, don Agustín Muñoz Grandes, en quien descubre una gran coincidencia de ideas creativas que contrastaban con las de su rival ideológico, y aspirante a suceder a Franco, el integrista almirante Carrero Blanco. Como él mismo confiesa, en el entonces vicepresidente del Gobierno y capitán general D. Agustín Muñoz Grandes, advertía afinidades en cuanto al futuro político de España, bastante viables, por cuanto representaba la alternativa “humanista”, frente a la “dura” de su rival Carrero Blanco. “Don Agustín era un hombre en el mejor de los sentidos, bueno. Muñoz Grandes hubiera dado otro desenlace y horizonte posterior a nuestra dictadura de posguerra”.

Lizcano llegaría a editar hasta 15 números de la revista cuatrimestral Comunidades. El objetivo de estos quince trabajos era incentivar la reconstrucción de un tejido comunal a partir de los restos que no había conseguido demoler la antinatural devastación desamortizadora de los municipios campesinos en España e Hispanoamérica. “Nuestro empeño, explica, estaba puesto en cuanto suponen para nuestros pueblos hispánicos sus mejores tradiciones populares de democracia comunera, libertaria y comunal”. En 1970 realizó el asesoramiento de un ensayo autogestionario en régimen obrero que llegó a funcionar en Valencia y que fue la Sociedad Anónima Laboral de Transportes Urbanos de Valencia, SALTUV. Luego, este ensayo se repetiría en la almeriense SALTUA.

Con pleno consentimiento del falangista Muñoz Alonso, publicó un ensayo en IESSC titulado Los sindicatos y la revolución española, que provocó su cese definitivo en el citado instituto, pues colmó la paciencia de la derecha franquista. Su tesis: el país, debía seguir la vía del sindicalismo, trascendiendo todo cuanto se redujera a un simple sindicalismo de gestión interno al sistema capitalista, que ello estaba siendo un hecho diferencial español desde 1868 y subyació a la revolución de 1936 en ambos lados. Desde esta posición propuso el frustrado “Cincopuntismo”.

Hay que subrayar que, aparte de esas personalidades falangistas, sindicalistas y personalistas cristianos, también desde las organizaciones juveniles franco-falangistas, desde fechas tempranas, comenzaron a salir a escena algunos grupos de oposición – más o menos tolerada– del falangismo de izquierdas. Hubo algunos intentos de buscar una salida acorde con los parámetros de lo que podríamos llamar un socialismo sindicalista o socialismo de hombres libres, con decidida vocación iberoamericanista. Pocos tuvieron noticia –tampoco por aquel tiempo se les daba publicidad alguna– de la existencia de unos Grupos de Agitación Hispánica dirigidos por el falangista – luego pasado al neo-pestañismo– José Luis Rubio Cordón, a quien ya hemos aludido anteriormente, que fueron la raíz de la Asociación Cultural Iberoamericana y del oficial Instituto de Cultura Hispánica. La idea de estrechar los lazos que nos unen con la América hispana estuvo siempre en el pensamiento falangista. Un jovencísimo Eduardo Ródenas, en la cárcel Modelo de Madrid en marzo de 1936, poco antes de que lo asesinaran, concibió la idea de promover una orden nueva, católica y militar, seno de una minoría que moviese al mundo hispánico.

También se intentó alumbrar un amplio movimiento sindicalista no marxista, que reuniese a falangistas, militantes cristianos, anarquistas y neopestañistas desde las “tertulias de Gambrinus” y desde el proyecto de la Confederación de Trabajadores Cristianos, donde Ceferino Maestú y Manuel Lizcano intentaron dar vida al mundo sindical secuestrado en la burocracia de los sindicatos oficiales, con la cercanía siempre de Patricio González de Canales y del sacerdote D. Abundio García Román (impulsor de las Hermandades del Trabajo). Más tarde, a partir de las revitalizadas tertulias de la Ballena Alegre del café Lyon, Ceferino, junto a los ya mencionados Narciso Perales y el cenetista Juan Gómez Casas, con otros militantes del falangismo auténtico, del anarcosindicalismo interior y de la militancia obrera cristiana, sacarían varios números de la revista Sindicalismo. De ahí vendrían también las Comisiones Obreras, nacidas en el Centro Social Manuel Mateo (de las que se apoderó el Partido Comunista por medio de Marcelino Camacho y de Julián Ariza), y, luego, la Unión de Trabajadores Sindicalistas de Maestú y el Frente Nacional de Trabajadores de Perales, embrión del Frente de Estudiantes Sindicalistas (FES).

Fue obra de Patricio González de Canales, de Narciso Perales, de Ceferino Maestú, de muchos de los militantes del FES, del FSR, del FNAL, el que antes del fin de la dictadura se mantuvieran aún vivas y apuntando a una necesaria puesta al día, las

ideas de la Falange nacionalsindicalista entendida ya como propuesta autogestionaria, personalista y comunitarista. Luego vendría la llamada “Transición”, donde no se contaba con que quedarán supervivencias falangistas, si acaso las que blandían los que se aferraban a la cáscara muerta de una simbología y una retórica absolutamente demodé y caricaturesca. La torpeza de unos, la ceguera de otros, las hábiles jugadas de los que nunca dejaron de tener la sartén por el mango, escamotearon cualquier intento de hacer llegar al pueblo español el mensaje auténtico de la bandera rojinegra de los trabajadores y el del yugo y las flechas de aquella España que entendió cuál era su destino universal.

4

Un pacto con el diablo

Irene González para Vox Populi

Desde que el Gobierno del PSOE filtró a los medios su acuerdo con el Vaticano para asaltar la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos ruge cada vez con menos silencio una incomodidad en los católicos abriendo una división fruto de la confusión, que era el objetivo del Gobierno con la filtración del acuerdo. Por un lado quienes sienten dolor, indignación y desconcierto sin entender cómo la cúpula eclesiástica ha aceptado lo inaceptable. Por otro lado, quienes creen que la defensa irracional y fanática negando la realidad de los hechos, con enredo en lo accesorio entre las personas de buena voluntad, es la forma de proteger a la Iglesia católica. Con esta actitud bienintencionada en el mejor de los casos conseguirán el efecto contrario,

su desmantelamiento mediante su secularización estatal, que es el objetivo principal y último de quien odia a Dios, porque aspira a sustituirle.



Es preciso señalar brevemente los hechos que se conocen por las filtraciones del Gobierno y las escasas aclaraciones que ha ofrecido la Conferencia Episcopal. En primer lugar este acuerdo es producto de una negociación con el Vaticano bajo la denominación “resignificación” del Valle de los caídos, a causa de la ley llamada de “memoria democrática”, como si la verdad pudiese establecerse por mayorías parlamentarias, y menos si son distorsionadas por sistemas no representativos.

El acuerdo se ha cerrado entre Bolaños un mindundi anticlerical y el Secretario de Estado Parolín ante la delicada salud del Papa. El PSOE, un partido de historia sanguinaria, con especial inquina a los católicos, exigió al Vaticano la expulsión de los monjes y el derribo de la Cruz más alta de la Cristiandad. En lugar de echarle a

patadas como hay que hacer con el mal, le sirvieron café y se acordó una primera fase en la que la basílica seguirá siendo un espacio de “culto” donde sufrirán modificaciones el atrio, una nave, el vestíbulo y la majestuosa cúpula que se erige encima del sobrecogedor Cristo Crucificado de la Basílica.

La cúpula ha sido considerada en ese pacto con el diablo como “espacio no dedicado al culto”. Todo indica que buscan que los fieles acaben rindiendo culto a lo estatal socialista y lo mundano. La intención es que la cúpula bajo la que nos arrodillamos al recibir la Eucaristía deje de ser un espacio exclusivamente religioso y se integre en el relato histórico que el Gobierno desea proyectar sobre el franquismo. La idea es que se celebre la santa misa presidida por simbología guerracivilista y estatal en un entorno secularizado de odio a Cristo. Lo llaman resignificación, pero es una profanación de manual a plena luz del día. El primer presupuesto es de 30 millones de euros para transformar parcialmente una Basílica pontificia en un museo de “memoria democrática”.

El primer proceso es avanzar en la estatalización de la iglesia. Éste hecho característico del protestantismo con el que se inició la descristianización de Europa, Lo importante es tener claro que la profanación de la Basílica del Valle de los caídos es una pieza clave en dos procesos de descristianización que avanzan a toda máquina en la verdadera guerra espiritual que se libra, y que pretenden encubrir bajo una excusa ideológica relativa al franquismo.

El primer proceso es avanzar en la estatalización de la iglesia. Éste hecho característico del protestantismo con el que se inició la descristianización de Europa, en España muestra síntomas de comunión absoluta. No sólo porque la cruz en la declaración de la renta suponga una doma, una sumisión de la Iglesia al Estado laicista, cuando debiera haber una separación absoluta. La Conferencia Episcopal actúa ahora como un organismo del PSOE. Un ministerio esencial en el régimen socialista para que triunfe el proyecto de “memoria democrática”, y el más activo en difundir la ideología globalista proinmigración, especialmente si es islámica, que lleva a un desapego y una división de los católicos que desemboca en un abandono de la única misión que se nos encomendó, la evangelización, para actuar como una ONG cómplice de Open Arms, del tráfico de seres humanos. Una situación siniestra únicamente deseable para quien no quiere una base de población unida en unas virtudes cristianas que trascienden la tiranía terrenal del gobernante que se cree dios, pues no sería una masa sumisa y manejable en el proyecto antihumanista de la posmodernidad.

Lo peor de todo es que el problema fundamental no se reduce a una estatalización de la iglesia, que podría evitarse en gran parte al eliminar la cruz del IRPF, que propondrá el PSOE cuando ya no le quede nada que sacar de la cúpula eclesial. Lo

peor es que este acuerdo con el Vaticano que sobrepasa nuestras fronteras descubre el verdadero proceso de descristianización para situarnos en plena guerra espiritual, donde se busca la eliminación de la verdad, la bondad y la belleza de nuestra civilización, la eliminación de la fe cristiana mediante la estatalización de lo sagrado para convertir en Dios a lo mundano. La victoria de una religión atea de hombres que se creen dioses, un proyecto de sumisión antihumanista, sobre el verdadero Dios que se hizo hombre por amor a nosotros.

Ante este innecesario acuerdo sólo cabe preguntarse ¿a cambio de qué? ¿Cuál es la contraprestación de un acuerdo por el que se accede a convertir una Basílica en un bazar de mercaderes de odio? La cúpula oficial ya es un portavoz de las políticas ideológicas del PSOE. El silencio en lugar de la humildad, la justicia y la verdad sólo llevarán a que la iglesia sufra otra crisis como la de los años '70, donde una iglesia marxista alejó a tantos de la fe en Cristo. La única posibilidad de unión y victoria en la guerra espiritual es volver a levantar la Cruz, en ningún caso estatalizar lo sagrado.

Se insiste en la necesidad de que los católicos repudien a Franco para ser aceptados en la “democracia” 50 años después de su muerte y 6 desde que fuese profanada su tumba. No podrán borrar que quienes cometieron un genocidio contra los católicos en la guerra civil la perdieron contra quien erigió la Cruz más alta del mundo, que es todo lo que puede ofrecer un católico como algo más que un símbolo de unión en el sufrimiento.

5

Un Valle sin vallas

Jesús Sanz Montes para ABC

Vaya con el Valle... En la reciente Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal en Madrid, hemos visto grupos de personas que con buena intención exigían a los obispos un compromiso para evitar la profanación, desmantelamiento y la llamada «resignificación» de aquel espacio monástico presidido por una inmensa cruz. Los obispos fuimos correctos con los que con desigual medida nos increpaban. Entendemos sus razones y compartimos su preocupación. Pero no era esa la sede en la que exponer sus protestas, exhibir sus pancartas y arengar sus proclamas en un singular piquete informativo. Con respeto los saludábamos al entrar y al salir de la Conferencia, advirtiéndoles que a nosotros también nos importa la deriva que podría tener ese espacio monástico donde la memoria cristiana reza por la paz mientras pide para todos los caídos el eterno descanso.



Muchas veces he podido merodear esa hondonada en la sierra de mi Madrid natal por mis andanzas montaÑeras. Se alza enhiesta en su espesura una Cruz entre la crestería verde de sus montaÑas. Sin palabras se desliza su perenne mensaje desde la colina en la que se levanta. Hay una historia muda y dolorosa que siempre acontece cuando un pueblo se declara la guerra en una confrontación civil. Pero esa inmensa Cruz, la más alta que hay en el mundo con más de 152 metros, no es enseña de bandería, no responde a ninguna sigla política, ni es tutora de ideología alguna. Así lo indicó San Juan XXIII al inaugurar la basílica menor, llevando allí una comunidad de monjes benedictinos.

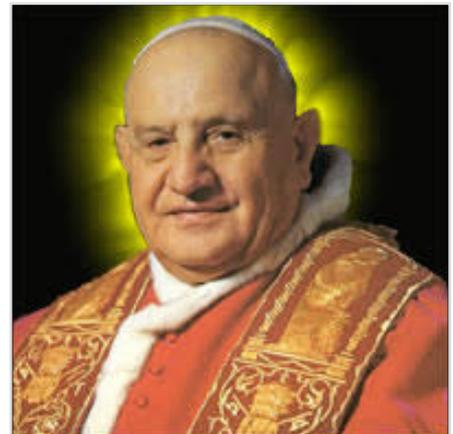
Es remedo de aquella primera Cruz cristiana teniendo a Jesús clavado en ella, con su mensaje bondadoso de lo que supone dar la vida por quienes abrazas en sus heridas y acoges en sus preguntas, sus contradicciones y pecados. Esto hizo Cristo con cada uno de nosotros. Fueron las palabras del Papa en aquel momento: «Se eleva el signo de la redención humana excavado en la inmensa cripta, de modo que en sus entrañas se abre un amplísimo templo, donde se ofrecen sacrificios expiatorios y continuos sufragios por los Caídos en la guerra civil de España, y allí, acabados los padecimientos, terminados los trabajos y aplacadas las luchas, duermen juntos el sueño de la paz, a la vez que se ruega sin cesar por toda la nación española». Un mensaje de reconciliación profunda, sin alusión alguna a un régimen de gobierno ni a ninguna facción política.

Sorprende que algunos se incomoden por esa referencia al amor y la verdad, pero se entiende cuando ellos viven de la insidia y maquinan con la mentira como forma de gobernanza. Se alardea en el ataque a esa Cruz tan visible desde lejos y tan significativa en su mensaje proponiendo como alternativa una tramposa neutralidad religiosa que luego se convierte en laicismo impositivo que, sin inocencia, desenraiza nuestra historia, adultera nuestros símbolos y reprueba nuestro testimonio eclesial al pretender acallar nuestra palabra y eclipsar nuestra presencia cristiana. Tanto la Cruz como esa abadía benedictina nacieron como espacio de reconciliación tras una guerra fratricida que tantas vidasegó. De hecho, allí reposan en paz quienes cayeron detrás de los dos bandos nacionales, bajo las dos banderas identitarias, y en medio de ambas trincheras hermanas. Así ha sido hasta que algunos han perturbado tan sagrado descanso jaleando esa memoria en beneficio propio con sus inhumaciones de encargo e invadiendo indebidamente un espacio protegido «a sagrado». Justamente al contrario de quienes reconocemos en ese ámbito un recinto de paz fraterna, que es hija del perdón sincero y generoso fruto de una sociedad reconciliada, verdadero regalo no suficientemente agradecido ni como tal reconocido socialmente.

Por eso, utilizar a los muertos inhumándolos de aquella manera, queriendo vencer batallas perdidas reabriendo las heridas que tanto nos ha costado cerrar como hermanos, resulta ser una maldad aturdida, que zancadillea la convivencia social mientras excita impunemente una confrontación indeseada. Acaso parezca una vez

más una cortina de humo ante los asuntos judiciales en curso en torno a alguna corrupción familiar y de los correligionarios próximos del partido, donde hay prevaricaciones calculadas, malversaciones del erario público que todos pagamos y la dilapidación del necesario equilibrio en la división de poderes en un Estado de derecho, amén de atacar a la prensa libre y a la Iglesia como autoridad moral. No excluimos estas armas de 'distracción masiva', pero hay una fijación ideológica beligerante contra la memoria cristiana en torno a esa Cruz y esa abadía para favorecer otra memoria sesgada y mal llamada «democrática», imponiendo el resentimiento en el trasiego sereno que intenta escribir una historia de paz entre españoles. Querer «resignificar» el sentido que tiene y tuvo desde el principio ese lugar como reclamo de una reconciliación verdadera es enmendar su historia durante estos años, censurando así la conciencia cristiana. Ya conocemos la andanada laicista de algunos gobernantes y sus cachorros votantes a quienes tanto molesta precisamente la Cruz y esa presencia monástica con injerencia de vetos personales, aventurando invadir casi el 90 por ciento de la basílica para levantar allí otra cosa distinta a la reconciliación ensoñada y celebrada en esas naves basilicales durante décadas, junto a los mártires cristianos y a los que duermen allí el sueño de la paz. Hacer en la basílica una especie de pasarela del aeropuerto de sus ideologías para tener que acceder al mínimo espacio que quisieran conceder para la liturgia cristiana, a través del 'duty free' de sus relatos, sus rencores y sus acechanzas, es demasiado obsceno por sabido ya, en un dejà vu que hemos visto demasiadas veces y que nos suena a cercanas dictaduras bananeras no ajenas a estas guisas populistas y esas tiránicas formas.

San Juan XXIII, con belleza y conmovida emoción, describía de otra manera ese lugar de peregrinación en el Valle de los Caídos que tiene como misión rezar por la unidad entre españoles, proponer el perdón cristiano y fundamentar la reconciliación cívica: se yergue «en las cumbres del Guadarrama el signo de la Cruz Redentora, que extiende sus brazos piadosos como alas protectoras, bajo las cuales los muertos gozan el eterno descanso». Hermosa evocación de lo que significa esa Cruz que preside una historia de amor y de esperanza. La comunidad benedictina en ese lugar ora para pedir ese don que no se consensúa con pactos y que sólo Dios concede a quien humildemente lo pide en la plegaria. La Cruz es lo que evoca, los monjes benedictinos lo cantan en la abadía. Es el Valle de los Caídos, no una zanja de bandidos donde se magrea la verdad y la belleza se mancha.



Hay casos a nuestro alrededor apenas visibles al ojo humano, estos casos devuelven la fe en la grandeza del hombre, que rebeló a los ángeles, por cuya salvación Jesús asumió nuestra miserable naturaleza humana. Dios nos habla de muchas maneras. A través de la ciencia hace decir a Albert Einstein sobre la creación del Universo que «Dios no juega a los dados». A través del amor de Dios lleva a la felicidad lo que a esta sociedad le parece una negación de sí mismo. Después de escandalizarse de esto se harán budistas, la fe sin Adonai ni Eli.

Hay casos a nuestro alrededor apenas visibles al ojo humano, estos casos devuelven la fe en la grandeza del hombre, que rebeló a los ángeles, por cuya salvación Jesús asumió nuestra miserable naturaleza humana. Dios nos habla de muchas maneras. A través de la ciencia hace decir a Albert Einstein sobre la creación del Universo que «Dios no juega a los dados». A través del amor de Dios lleva a la felicidad lo que a esta sociedad le parece una negación de sí mismo. Después de escandalizarse de esto se harán budistas, la fe sin Adonai ni Eli.

Es algo muy grande. Hace años nos comunicaba ese amor por el Creador y Redentor, haber recibido la llamada, San Pablo camino de Damasco, un profesor universitario brillante, joven y guapo, oficial del Ejército, con un futuro más que prometedor garantizado, al pater Luis Fernando y a mí en una entrevista para El Rotativo, el periódico de los alumnos del CEU en que tuve el privilegio de estar. El mismo entusiasmo, años de monasterio después, brillaba en él cuando hizo sus votos perpetuos, el mismo. Si acaso hay ahora en él una paz tremenda. No es la paz de los cementerios ni de los ignorantes. Es la paz de los elegidos. La misma que había en el rostro ascético de fray Anselmo.

Como nadie enciende una vela para ponerla en un armario, y tiene mucho qué decir, sus artículos aparecían en El Rotativo, invito a leerlos aunque ahora es difícil, como a asistir a sus conferencias o conseguir sus libros, blindado con tus manías y prejuicios si quieres, lector. Aporta una paz profunda y una sapiencia amplia; leer es compartir la sabiduría de otro que se ha molestado en organizar su pensamiento en palabras. Fray Santiago conoce la manera de amar del corazón y también la de «la inteligencia como acaso no entienda el corazón». Y hace que muchos católicos dejemos de ser anticlericales ante las dudas que a veces nos despiertan nuestros pastores. Fray Santiago sonríe y descarta el odio, disipa el rencor, difumina la duda.

Por eso se alegró mi alma cuando mi hija a la que tanto quiero le eligió para officiar su boda, en el recinto sagrado de Cuelgamuros, un lugar de paz y oración.

Ese día de abril en el Valle ha sido tan especial que le pasará como al 11 de septiembre en que la Diada del narcisismo egoísta de los catalanistas, su fecha señalada, quedó sepultada para siempre en los medios por otro 11S, el de Nueva York.

Un fray Santiago sonrío beatífico sin considerar que los mercaderes del templo y los odiadores han subastado sus vestiduras, porque si hay que volver a ser doce y empezar de nuevo no habrá dudas en su alma sino amor, un amor tremendo que nos anega a y desarma a cuantos nos acercamos iracundos y hoscos empuñando la espada de Pedro ante Pilato y Caifás, unidos una vez más en la vileza.

Algunos, por mucho que nos afanemos, no añadiremos un codo a nuestra estatura menguante, por eso citando al poeta Leonard Cohen recuerdo hay hombres, que no son dioses, cuyos nombres merecen ser tallados en montañas para eternizarlos en el tiempo, pero los que esculpimos, oficio de escritor porque los hombres ya no escribimos en piedra, no somos lo bastante altos ni fuertes y buscamos esas pequeñas luces fulgurantes que iluminan la desesperanza de los desheredados redimidos, de cuantos no somos dignos del amor de Dios y por ello nuestro agradecimiento es mayor. Gracias, Señor, por darnos a fray Santiago.

7

De cruzada a guerra civil

Rodrigo Menéndez Piñar para InfoCatólica

He querido esperar un tiempo —con el sosiego de unos días de reflexión y de conocimiento de las diversas noticias y artículos— hasta escribir sobre el pacto del Gobierno con las autoridades eclesíásticas sobre El Valle de los Caídos, su «resignificación» y la «salvuarda» del culto y de la simbología religiosa del gran monumento.

Cualquier persona con sentido común repararía en el espíritu de revanchismo, odio y venganza que mueve a sus promotores, siendo un paso más a la exhumación forzosa de los restos mortales de Francisco Franco y otras análogas. Y, también, cualquier persona con sentido común se daría cuenta de la poca y frágil —¿quizá ninguna?— oposición a estos atropellos por parte de la jerarquía eclesíástica. Se intentará dilucidar si esto último se debe a ciertas concesiones para evitar consecuencias indeseables —la ausencia de explicaciones no ayuda a clarificarlo—; si a un simple y llano sometimiento a la presión gubernamental; o si, incluso, a una cierta anuencia ideológica para que la Iglesia sea aceptable para la democracia. Habría que considerar la hoja de ruta, dizque marcada por Roma, siendo quizá la actuación de la jerarquía española un simple reflejo de lo dictado por instancias superiores. Además, se debería preguntar a la orden benedictina en qué medida se resistió, pues tiene una responsabilidad directa sobre «lo suyo» —mucho más suyo que del arzobispo de la capital, por ejemplo—. En todo este proceso habrá informaciones sesgadas —como la

«salida impuesta» de Santiago Cantera de la comunidad benedictina— o lecturas parciales, destacando la «unanimitad» dentro de la Conferencia Episcopal. Todo lo anterior lo dejo a mejores conocedores en la materia que quien suscribe, sin quitar nada a las muchas y muy acertadas plumas que van saliendo a la palestra.

A mi modo de ver, mucho antes de las leyes de «memoria histórica o democrática» se ha dado una reelaboración falsaria de los acontecimientos de la contienda bélica de 1936-1939. De aquí viene todo, no nos engañemos. Y mucho antes de las «resignificaciones» que se van produciendo con la colaboración del estamento eclesial —sea de omisión, tácita o, incluso, positiva— ha habido un giro copernicano en la consideración del papel que desempeñó en la guerra la fe católica y el apoyo moral de la jerarquía, tanto romana como española.



La guerra comienza tras un tiempo de terribles vejaciones y tropelías en el último período de la República contra el alma de España, cuyo principio configurador no es otro que la fe católica. Se produce, providencialmente, un levantamiento cívico-militar para restaurar el orden y la justicia y para defender los fundamentos de la civilización cristiana. No se trata de una guerra de odio fratricida o de querellas entre hermanos, sino de la *difícil y peligrosa tarea*

de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión (Pío XI, 14 de septiembre de 1936) frente al comunismo, que en España no ha derribado alguna que otra iglesia, algún que otro convento; sino que, siempre que le fue posible, destruyó todas las iglesias, todos los conventos y hasta toda huella de religión cristiana, aunque se tratase de los más insignes monumentos del arte y de la ciencia. El furor comunista no se ha limitado a matar Obispos y millares de sacerdotes, de religiosos y religiosas, escogiendo precisamente a los que con mayor celo se ocupaban de los obreros y de los pobres: sino que ha hecho un número mucho mayor de víctimas entre los seculares de toda clase, que aún ahora son asesinados cada día, en masa, por el mero hecho de ser buenos cristianos o, al menos, contrarios al ateísmo comunista (Pío XI, 19 de marzo de 1937).

Cuando terminó la guerra, las primeras palabras de la Santa Sede —en este caso ya Pío XII— fueron las siguientes:

Con inmenso gozo Nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la Católica España, para expresaros Nuestra paterna congratulación por el don de la paz y de la victoria (la negrita es mía), con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probado en tantos y tan generosos sufrimientos [...]. La

Nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la religión y del espíritu [...]. Persuadido de esta verdad el sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó decidido en defensa de los ideales de la fe y la civilización cristianas, profundamente arraigados en el suelo fecundo de España; y ayudado por Dios, «que no abandona a los que esperan en Él», supo resistir al empuje de los que, engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación del humilde, en realidad no luchaban sino en provecho del ateísmo (Pío XII, 16 de abril de 1939).

Esta posición de la Santa Sede no era sino un coronamiento de la posición moralmente unánime del episcopado español, que quedó consignada de manera precisa en la famosa Carta colectiva del 1 de julio de 1937, encabezada por el primado de España, el cardenal Gomá. No es necesario reproducir los largos pasajes de esa carta que todos pueden leer con tranquilidad. Sirvan de ejemplo de la toma de postura de la jerarquía unas palabras de Gomá en otra ocasión. Cuando se liberó Toledo el 27 de septiembre de 1936, el arzobispo de la sede toledana, envió un mensaje radiofónico con una clara consigna de gozo y alegría: *¡Toledo es nuestro!* Es un mensaje lleno de regocijo, pero a la vez profundo y grave, pues daba cuenta de que

a Toledo se le iba a arrancar su alma cristiana, porque iba a ser de los sin Dios o contra Dios; y sin Dios, sin Jesucristo nuestro Dios, le falta a Toledo el espíritu que la vivifique y la clave que interprete sus maravillas. Toledanos, albricias: Toledo vuelve a ser nuestro. Al difundirse ayer la gran nueva se llenó España de júbilo; porque en Toledo radica el espíritu genuinamente español. Ella es el centro espiritual de nuestra patria. Es la ciudad de los Concilios, de la unidad católica, del cristianísimo imperio español, que tuvo su trono en el Alcázar. Ahí, en Toledo, se apoyó y se movió durante siglos el resorte de todas nuestras grandezas.

Alguno podría pensar que estas declaraciones son una cesión a la epopeya ideológica que pretende justificar las propias acciones. El mismo Gomá, con el conocimiento que da el tiempo y las circunstancias, escribió un artículo casi dos años después en el que señala en qué se concretaba esta lucha de cosmovisiones irreconciliables:

Mientras en el Alcázar se escribía una epopeya incomparable, la ciudad era presa de tragedia horrenda. El robo y el pillaje, organizados por bandas de ladrones, «científicos» y vulgares; matanzas en masa de ciudadanos pacíficos, el cogollo de la Ciudad Imperial. —«Pero ¡si va lo mejor de la ciudad!»— decía una sencilla mujer, a la vista de un grupo numerosísimo de ciudadanos que iban a ser fusilados; la tortura de unas semanas interminables, vivida entre todos los horrores; la conmoción

tremenda, por tres veces, del peñón en que la ciudad se asienta, causada por la explosión de las minas del Alcázar; la orgía callejera, infernal, que parecía el canto del triunfo definitivo de la barbarie sobre la civilización cristiana de siglos, encarnada en nuestra ciudad... (18 de agosto de 1938).

La consideración moral de la guerra es clara: una Cruzada en defensa del orden natural y cristiano frente a las fechorías y desmanes de sus enemigos. Claro que las autoridades de entonces no obviaban que una guerra siempre trae gravísimos males y hay que evitarla, mientras sea posible. Por eso, se esforzaron por la conquista de una paz estable en la que hubiese una reconciliación entre los españoles. Signo preclaro de esa reconciliación es la gran cruz de El Valle de los Caídos y el extraordinario complejo monumental que alberga a los de un bando y de otro. Pero es una paz, fruto de la victoria; es una España reconciliada, fruto de haber regado sus campos con la sangre de sus mejores hijos; y es una Cruz imponente, fruto de no haber arriado la bandera de Cristo, esencia de nuestra Patria. Esto es lo que no se puede olvidar.

No es que la Iglesia «tomase postura» o «eligiese un bando». Ni siquiera es que se viera obligada por la persecución a ponerse bajo el amparo del bando sublevado. Es que la misma vida de la Iglesia —si de verdad nos creemos eso de que «la Iglesia somos todos los cristianos»— desencadenó un alzamiento en defensa de Dios y de España, tomando cada uno el papel que le pudiera corresponder: los sacerdotes y religiosos rezando, atendiendo espiritualmente al pueblo y sufriendo el martirio con caridad heroica; los militares cumpliendo con su deber de defender a España; los seglares de todo tipo y condición: unos tomando las armas, otros ayudando en todo lo posible fuera del frente; los obispos —sufriendo doce de ellos el martirio—, fortaleciendo moralmente a sus ovejas, a la vez que procurando todas las posibles gestiones materiales y diplomáticas para atenuar los efectos devastadores de una guerra...; pero todos ellos católicos, todos ellos Iglesia. Esto es lo que no se puede olvidar.

Podrían multiplicarse tanto los testimonios históricos que no se acabaría este artículo. Solo queda hacer un llamamiento y poner verdad en las conciencias para que no olviden lo que no se puede olvidar. No es cuestión ni de equilibrios ni de polarizaciones o sandeces memocráticas. Es una cuestión de verdad histórica, con los matices que pueda adquirir esa presentación de la verdad con el paso del tiempo. El día en que una gran parte del estamento eclesial y del pueblo español olvidaron esto, ese día se pusieron los cimientos de los pactos y las resignificaciones.

Y ese día fue hace décadas. A qué quejarse tanto del presidente del gobierno o del arzobispo de la capital, a no ser que en esta queja se incluyan los trabajos sistemáticos de «resignificación» tras la muerte de Franco —incluso antes—. A qué tanta queja, si la mayoría ha estado muy a gusto con el Estado desde la Transición, rompiendo así con los siglos de historia hispánica. Fue esa historia y ese alma de España lo que se

defendió el 18 de julio; y sus vestigios —vestigios, sí, pues así los quiso la mayoría democrática— son hoy los atacados en El Valle de los Caídos. Por eso es tan simbólico y tan trascendente.

No es la ofensiva a una persona que gobernó 40 años España, sino a lo que representa; no es un mero símbolo religioso, por muy grande que sea, lo que molesta, sino lo que ese símbolo y esa obra representan: la esencia de España. Y, antes de los enemigos de hoy, los «amigos» de ayer olvidaron y renegaron de España, porque lo hicieron de la Cruzada. Señalemos las causas, no sólo las consecuencias.

Es triste ver cómo los enemigos tienen más razón que muchos de «los nuestros», pues nos atacan porque nos consideran defensores de un orden político cristiano que ha vivificado la historia de España; mientras que «los nuestros» reniegan de aquello que se les achaca, pasando por abogados del consenso democrático. ¿No sería más noble reconocerse hijos y descendientes de los grandes del pasado? Si sólo insistimos en que la Cruz es signo de reconciliación, como una especie de mantra del olvido, ignorando quiénes lucharon por esa Cruz, nos colocamos en una posición inexistente. Hay que elegir entre la barbarie y la civilización. Nuestros antepasados tuvieron que elegir, incluso cuando esa elección tenía graves y dolorosas consecuencias.

¡Despierta pueblo español! Has caído en la trampa de que hubo una guerra civil que hay que olvidar. Esa ha sido la desgracia: la hemos olvidado. Ellos no. La historia no se olvida, sino que se aprende de ella. Una lección de la que puede ser un símbolo representativo Francisco Franco. Más allá de los juicios propios que de todo su gobierno se puedan hacer, no se le puede negar ser representante de la «Victoria del 18 de julio» y de una voluntad clara y firme de auténtica paz y reconciliación, alcanzada mediante la lucha armada y consignada para la historia en El Valle de los Caídos. A causa de todo lo que hizo y lo que representaba recibió el máximo reconocimiento y distinción por parte de la Santa Sede.

Fue una Cruzada. Lo fue, aunque dentro de una misma patria y, por eso, fue también guerra civil. Entre hermanos, sí. Desearíamos que nada semejante se produzca de nuevo, pero más debemos desear la defensa de aquello por lo que lucharon nuestros mayores y que quedó simbolizado en las pétreas estructuras de El Valle de los Caídos.

En la adaptación cinematográfica a la leyenda artúrica de Jerry Zucker (*El primer caballero*, 1995), el Rey Arturo (Sean Connery) sostiene una conversación con el antagonista de la película, Meleagante (Ben Cross). Éste acude a negociar, pretendiendo el influjo sobre el reino de Lyonesse, pero choca con la postura firme de Arturo:

- *Otros pueblos viven con otras leyes, Arturo. ¿O es acaso la ley de Camelot la que rige el mundo entero?*

- Hay leyes que esclavizan a los hombres, y leyes que los liberan. O nos preocupamos de que la justicia, bondad y lealtad sean justicia, bondad, y lealtad para todos los pueblos de Dios Nuestro Señor, o seremos otra más de esas tribus saqueadoras.

- Vuestras hermosas palabras os apartan de la paz y os conducen a la guerra

- Hay una paz que sólo está al otro lado de la guerra. Si ha de llegar esa guerra, yo lucharé.

Les invito a hacer este ejercicio de memoria histórica y no dejar que los que atacan El Valle de los Caídos tengan más razón que nosotros.

8

¿A quién pertenece realmente el Valle de los Caídos?

Álex Navajas para El Debate

La pregunta ha surgido en numerosas ocasiones en las últimas semanas a raíz de la «resignificación» que pretende llevar a cabo del Gobierno de Pedro Sánchez en el Valle de los Caídos: ¿Quién es, realmente, el propietario del conjunto monumental? Quizás la respuesta que más se ha escuchado ha sido la de «el Estado», pero no es exactamente así. Otros creen que pertenece a la Iglesia católica, o a la comunidad de benedictinos que allí reside desde 1957, cuando varios frailes se mudaron allí procedentes del monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos).

El Valle de los Caídos es el complejo funerario y monumental mandado construir por el general Francisco Franco en 1940 y que está ubicado en el risco de la Nava y su entorno, en el municipio madrileño de San Lorenzo de El Escorial. A apenas 15 kilómetros de allí se encuentra otro monumento de dimensiones colosales: el monasterio de El Escorial, que mandó edificar el rey Felipe II tras vencer a Enrique II en la batalla de San Quintín (1557).



Porque, si hay una característica que define al Valle de los Caídos es, precisamente, esa: sus colosales proporciones. La cruz edificada sobre el risco de la Nava alcanza los 152 metros de altura, lo que la convierte en la más alta del mundo. Para hacerse una idea de su tamaño, basta señalar que es casi cinco veces más alta que

el Cristo Redentor del Corcovado, en Río de Janeiro (Brasil), o que sobrepasa a la Estatua de la Libertad de Nueva York en 60 metros. Por tomar referencias más cercanas, es ligeramente más baja que la Torre Picasso de Madrid (156 metros) y supera a la Torre Agbar (ahora Torre Glòries, de 144 metros) de Barcelona.

La basílica (uno de los objetivos del Gobierno dentro de su plan para «resignificar» el Valle) está excavada en la roca del risco de la Nava y es, nuevamente, la más larga del mundo, con sus 262 metros de longitud, superando incluso a San Pedro del Vaticano. En el recinto del conjunto monumental, que se extiende por 1.391 hectáreas de paraje montañoso, se encuentra también la abadía de la Santa Cruz, donde residen los monjes benedictinos, encargados de custodiar el Valle desde sus inicios; la escolanía de la Santa Cruz, un colegio-internado dirigido por los monjes al que acuden una treintena de niños cantores, y la hospedería, con 120 habitaciones, restaurante, salas de reuniones y auditorios, que está en pleno funcionamiento y abierta al público.

Cerca del acceso a la basílica hay también varias edificaciones que, en su momento, albergaron tiendas de recuerdos, bares, restaurantes y un funicular para subir hasta la base de la cruz. Todas ellas están clausuradas, algunas desde hace más de 25 años, por la desidia y la dejadez con la que se ha gestionado el conjunto monumental. Y aquí, precisamente, se localiza el nudo gordiano de toda esta situación: la propiedad y la gestión de todo el conjunto.

Según los documentos oficiales, el Valle de los Caídos pertenece a la Fundación de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. En la propia web del Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática se explica que, «en 1957, se publica en el Boletín Oficial de Estado el Decreto-ley donde se establecía la Fundación de la Santa Cruz del Valle de los Caídos y se promulgaban las bases jurídicas y patrimoniales del monumento». «Según el decreto, será la nueva Fundación, bajo el 'Alto Patronato' de Franco, la que ejercerá la titularidad del monumento, se asegurará del cumplimiento de los fines religiosos y sociales establecidos en el decreto, y pondrá en marcha el convenio con los benedictinos», prosigue la página web del Gobierno.

Pero, además, basta hacer una simple consulta al Registro de la Propiedad para constatar este extremo. La Asociación para la Defensa del Valle de los Caídos, que preside Pablo Linares –nieto de uno de un trabajador republicano que participó en la construcción del Valle–, ha facilitado a El Debate los documentos que certifican la titularidad del conjunto monumental.

Pero no es el único patrono de la Fundación: el otro es la propia comunidad benedictina del Valle de los Caídos. El Gobierno, por tanto, no es el legítimo propietario del conjunto monumental, sino la Fundación, que componen Patrimonio Nacional y la abadía de la Santa Cruz. Para tomar cualquier decisión que incumba al

Valle de los Caídos, ésta debería brotar de los acuerdos que tomen ambas partes, puesto que ellas son los dos patronos que conforman la Fundación.

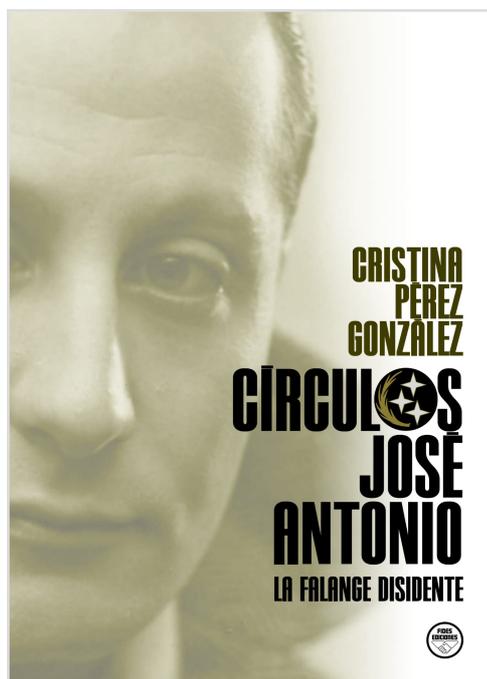
Patrimonio Nacional es quien gestiona en la actualidad el complejo –cobro de entradas, mantenimiento, jardinería, etc.– y los monjes benedictinos se encargan del culto en la basílica, de la dirección de la escolanía y de la gestión de la hospedería.

Además, como es sabido, las fundaciones están obligadas a cumplir los fines con los que fueron creadas. La propia web citada anteriormente que el Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática dedica al Valle de los Caídos los enumera: «Las obligaciones que se establecen para la abadía son: mantener el culto con esplendor, dirigir la escolanía y el Centro de Estudios Sociales, seguir la evolución del pensamiento social en el mundo, recopilar la doctrina de los Pontífices y pensadores católicos, poner en marcha una biblioteca sobre temas religiosos, celebrar ejercicios espirituales, preparar informes que se le soliciten y atender la hospedería».

9

Círculos José Antonio. La Falange disidente

Cristina Pérez González



Falange murió asesinada el 20 de noviembre de 1936. Fue ilegalizada el 19 de abril de 1937 mediante el Decreto de Unificación.

A partir de entonces sólo podemos hablar de organizaciones falangistas que, con mayor o menor acierto, lucharon por rescatar del olvido y la manipulación la esencia del mensaje de José Antonio Primo de Rivera.

Círculos José Antonio fue realmente la Falange Disidente. Desde su creación en los años 60, un grupo de españoles pretendieron utilizar los cauces legales existentes en aquel momento, para que la idea revolucionaria que nació con Ramiro y con José Antonio, se mantuviera viva a pesar del ostracismo al que le había condenado el Movimiento.

Con esta obra, *Círculos José Antonio: la Falange disidente*, su autora, Cristina Pérez González, continua en su empeño de descubrir la realidad de los grupos falangistas de oposición al Régimen. Ensalzando la labor de aquellos hombres y mujeres que ofrecieron parte de sus vidas en explicar al pueblo español lo que era realmente la Falange.

En su permanente investigación, la autora se consagra como una de las mejores conocedoras del denominado “mundo azul”, ajustándose a los datos y documentos que son irrefutables, pretendiendo con ello narrar la realidad sin tergiversar y sin polemizar sobre los hechos. Este libro es la historia de una organización, pero también el homenaje a los miles de personas protagonistas de aquella época, con la esperanza que pueda servir para rescatar las bases de la Revolución Nacional sindicalista y mantener encendida la llama permanente de los valores fundamentales: Libertad, Dignidad y Justicia Social.

Índice:

PRÓLOGO [JOSÉ ANTONIO GORDÓN DORADO] / 11

CAPÍTULO 1. LOS ANTECEDENTES. LA ESPAÑA DE FINALES DE LOS CINCUENTA / 17

CAPÍTULO 2. EL INICIO DE LOS CÍRCULOS DOCTRINALES JOSÉ ANTONIO (1956-1961) / 27

CAPÍTULO 3. LOS CÍRCULOS SE CONSOLIDAN. LA TERTULIA TRIBUNA LIBRE. EL PERIÓDICO ES ASÍ. NUEVA JUNTA DIRECTIVA DE LUIS GONZÁLEZ VICÉN (1961-1965) / 31

CAPÍTULO 4. LOS CÍRCULOS SE FORTALECEN. LA NUEVA JUNTA DIRECTIVA DE DIEGO MÁRQUEZ HORRILLO. (1965-1970) / 57

CAPÍTULO 5. REORGANIZACIÓN DE FALANGE. NACEN LAS JUNTAS PROMOTORAS DE FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS. I/III CONCENTRACIÓN NACIONAL FALANGISTA (1970-1973) / 83

CAPÍTULO 6. LA IMPORTANCIA DEL NOMBRE DE FALANGE. CONVERSACIONES CLUB DON HILARIÓN. V ACTO NACIONAL EN VALLADOLID (1974-1975) / 155

CAPÍTULO 7. EL CAMINO A LA UNIDAD: MANIFIESTO DE LOS 400. PACTO DE MATUTE. 1976 / 203

CAPÍTULO 8. I CONGRESO NACIONAL SINDICALISTA: “HACIA LA UNIDAD” (JUNIO 1976) / 239

CAPÍTULO 9. LEGALIZACIÓN PARTIDO NACIONAL SINDICALISTA- CÍRCULOS JOSÉ ANTONIO. REFERÉNDUM Y ELECCIONES (1977-1978) / 271

CAPÍTULO 10. COALICIÓN ELECTORAL: UNIÓN NACIONAL. EL FINAL DE LA HISTORIA: LOS CÍRCULOS JOSÉ ANTONIO SE FUSIONAN CON FALANGE ESPAÑOLA DE LAS JONS. (1979) / 301

EPÍLOGO / 319

BIBLIOGRAFÍA / 325

ANEXO DOCUMENTAL / 325

ANEXO FOTOGRÁFICO / 433



10

Retrato de un sutil caballero guipuzcoano

Rafael Sánchez Mazas



Guarda un esprit de chambelán y sabe
una liturgia de galantería
que su mente perfuma con un suave
aroma de graciosa paganía.

En sus ocios evoca los perfiles
altivos de las damas medievales
y sonrío pensando en lo sutiles
que fueron los pecados capitales.

Antaño ser un duque mereciera
y a su servicio y a su honor tuviera
un trovador, que lleno de respeto

le pusiera en las manos enjoyadas
los catorce renglones de un soneto
como catorce flores deshojadas.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com